

LUCÍA LIPPERHEIDE | @HOMES.STYLES

ORDEN y LIMPIEZA

SIN POSTUREO



Cuida
tu casa
sin dejar
de vivirla

OBERON

90 **SALONES Y ZONAS COMUNES**

- 91 Salones y zonas comunes: cómo lidiar con el corazón de la casa
- 93 Pequeños rincones, grandes resultados

94 **RINCONES DE TRABAJO O ESTUDIO**

- 95 Rincones de trabajo o estudio: espacios pequeños, grandes ideas
- 96 Cómo organizar un rincón de trabajo o estudio sin complicarte

101 **RUTINAS Y PLANIFICACIÓN REALISTA**

- 102 Rutinas de limpieza: pequeños hábitos que lo cambian todo
- 103 Pequeños hábitos compartidos (porque no todo tienes que hacerlo tú)
- 104 Rutina diaria: lo básico que ayuda a que todo fluya
- 105 Rutina semanal: sin maratones y con sentido común
- 106 Limpieza exprés: para sobrevivir en días de locura
- 106 Rutinas según tu tipo de casa (porque no todas se organizan igual)
- 112 Mini-planning realista de rutinas semanales
- 114 Planning mensual de orden y limpieza
- 115 Planning estacional (cada cambio de temporada)

119 **FÓRMULAS CASERAS PARA EL HOGAR**

- 120 Limpieza del hogar
- 129 Limpieza casera de electrodomésticos
- 135 Limpieza casera de calzado, bolsos y prendas delicadas

141 **CONSEJOS, ERRORES Y CURIOSIDADES**

142 **TIPS DE LIMPIEZA PARA OBJETOS DEL DÍA A DÍA**

147 Los remedios de la abuela: nunca fallan

157 Sus gestos, los míos

160 **TRUCOS**

161 Trucos de emergencia

163 Mi kit de emergencia de limpieza

166 **ERRORES QUE TODOS HEMOS COMETIDO ALGUNA VEZ**

174 Errores heredados de limpieza

178 Productos de limpieza que jamás se mezclan

182 **REPELENTES NATURALES DE INSECTOS**

186 **COSAS QUE SE LIMPIAN MENOS DE LO QUE CREEMOS**

190 **CUÁNTO DURAN TUS PRODUCTOS DE LIMPIEZA**

193 **TU CASA, TU EQUILIBRIO**

203 **AGRADECIMIENTOS**

TU HOGAR, TU REFUGIO

Organiza y limpia sin estrés

Soluciones reales para personas reales

Lo que de verdad funciona

INTRODUCCIÓN

Un hogar real: el caos, el orden y mi vida real

Cuando pienso en el concepto de «orden», siempre me teletransporto a mi infancia. Crecí en una familia numerosa, rodeada de risas, broncas por cosas insignificantes, carreras por la casa, conversaciones cruzadas, un ritmo constante de movimiento y, por supuesto, el CAOS. Somos cinco hermanas y soy la pequeña de la casa, la que observaba cómo se organizaba (o desorganizaba) todo a su alrededor: cada una con su personalidad, sus necesidades y sus ritmos, lo que hacía que nuestra casa estuviera siempre llena de vida... y de cosas.

Verónica, Sandra, Eugenia y Ana, mis cuatro hermanas mayores, cada una con su carácter, sus manías y su forma de ver la vida, fueron como un máster. Crecer entre ellas me enseñó a esperar mi turno, a hablar más alto para que me oyeran y, sobre todo, a buscar mi espacio.

Ana y yo somos «las pequeñas», compartíamos habitación y muchas noches de charla. A veces discutíamos, otras nos moríamos de la risa, pero siempre estaba ahí. Hoy seguimos siendo inseparables, es de esas relaciones que crecen contigo, seguimos siendo hermanas, pero también amigas de verdad, de las que se cuentan todo, se ríen de lo mismo y se entienden sin hablar.

Mi madre era como la sexta hermana; le encantaba que le dijeran lo joven que estaba. Era muy apañada y con una energía que parecía no acabarse nunca. Mi padre, con su humor tan suyo —alemán, como decía mi madre entre risas—, siempre decía que le habría salido más barato montar una peluquería que criar a cinco hijas. Y puede que tuviera razón, porque entre cepillos, secadores, ropa, vestidos para galas, peluquería, etcétera, aquello parecía un desfile.

Siempre decían que a mí me permitían todo y yo les contestaba que claro, que como era la pequeña... mi padre se partía de risa y asentía encantado de darme la razón. Era su forma de decirme que sí, que tenía razón, aunque todos supiéramos que también lo decía para picarlas un poco más.

No era raro que las habitaciones estuvieran llenas de libros, ropa que iba de una hermana a otra y objetos que parecían multiplicarse sin razón, sobre todo en los baños, donde el maquillaje reinaba. Los armarios compartidos eran un campo de batalla en el que encontrar algo propio era un logro. Mi madre hacía un esfuerzo inmenso por mantener todo bajo control, pero gestionar y educar a cinco mujercitas con carácter —y tantas cosas— no era tarea fácil. Había momentos en que el desorden parecía inevitable y otros en los que, como por arte de magia, las cosas simplemente encontraban su lugar. Pero había algo mágico en nuestra casa: siempre sentíamos la sensación de hogar.

Lo que sí recuerdo con claridad es que nuestra casa no era perfecta, pero era cálida, acogedora y auténtica. No importaba si había una pila de zapatos junto a la puerta o un montón de mochilas y bolsos apilados en el suelo de la habitación. En nuestra familia, el orden nunca fue sinónimo de rigidez, sino de algo que surgía de la necesidad de convivir juntas, de encontrar formas de encajar todas nuestras vidas en un mismo espacio.

Con los años fui entendiendo que ese «caos organizado» tenía su propio encanto. Recuerdo que nuestra casa siempre estaba llena de vida y movimiento: los fines de semana con música de fondo mientras intentábamos hacer nuestras tareas (entre risas y peleas), las sobremesas interminables en la mesa del comedor, los días en los que parecía imposible encontrar un lugar tranquilo para estudiar. A pesar de todo, siempre había espacio para nosotras, para nuestras cosas, para nuestra forma de ser. Aprendí a no asociar el orden con la perfección, sino con la funcionalidad. No se trataba de tener una casa de revista, sino de que cada rincón funcionara para nosotras, de que nos sintiéramos cómodas y en paz. Ese aprendizaje fue creciendo conmigo, aunque todavía no sabía cuánto lo necesitaría en el futuro.

Hoy, como madre de familia numerosa, con tres hijos, miro hacia atrás y me doy cuenta de lo valioso que fue crecer en un hogar tan lleno de vida. Tener y educar a tres hijos no es tarea fácil. Los juguetes, las mochilas, la ropa... todo parece multiplicarse por

segundos. Hay días en los que parece que la casa se desborda y otros en los que como por arte de magia, todo encaja. Pero a diferencia de mi infancia, ahora tengo claro que el orden no aparece por sí solo, hay que construirlo poco a poco.

Recuerdo un día en particular, cuando mis hijos eran más pequeños: había juguetes por todas partes, la cocina llena de platos acumulados y yo, agotada, me preguntaba cómo iba a poner orden en medio de aquel caos. Entonces vi a mis hijos jugando juntos en el suelo, riendo sin parar —a carcajadas, porque siempre han sido, y lo siguen siendo, muy disfrutones—, y me di cuenta de que ese era el verdadero propósito de nuestro hogar: no ser perfecto, sino un lugar donde crear momentos que se quedaran con nosotros para siempre.

Para mí, el hogar no es solo un espacio físico, sino un refugio. Es el lugar donde las risas y las conversaciones cobran sentido, donde las pequeñas imperfecciones forman parte de las historias que construimos juntos. Un cojín fuera de lugar, una mochila olvidada en la entrada o un plato sin recoger son señales de que la vida pasa por ahí, de que el hogar está vivo.

Los años y la madurez me han enseñado que no se trata de tener una casa impecable todo el tiempo, sino de crear un hogar que funcione. Un lugar donde cada cosa tenga su sitio, pero sin perder la esencia de lo que realmente importa: educar, vivir, disfrutar y ser feliz.

¿Qué importa si hay un cojín fuera de lugar o si la mesa tiene un poco de desorden después de una comida en familia? Lo importante es que nuestro hogar sea un lugar donde podamos vivir, disfrutar y descansar, mientras educamos a los más pequeños. Es la mejor herencia que podemos dejarles: recuerdos bonitos, una buena educación, saber estar, disfrutar de las cosas sencillas, valorar lo que tienen y cuidar lo que les rodea. Que entiendan que el orden no es solo recoger, sino aprender a vivir con sentido y a convivir, con calma y con responsabilidad. Que aprendan a organizarse, a disfrutar sin prisa y a valorar el esfuerzo que hay detrás de cada cosa bien hecha.

Ese es el enfoque que quiero compartir en este libro: un orden práctico, realista y sobre todo adaptable para cada hogar sin importar el tamaño o la cantidad de personas que formen la familia. Porque la vida cambia, las necesidades evolucionan y no siempre tenemos el tiempo ni la energía para dedicar horas al orden o la limpieza.

Pero eso no significa que tengamos que tirar la toalla frente al caos. Lo que quiero mostrarte es que, con pequeños ajustes, rutinas sencillas y un enfoque flexible, puedes transformar tu hogar en un espacio que funcione para ti y para los tuyos.

A lo largo de las siguientes páginas, te voy a contar lo que he aprendido como hija de familia numerosa y como madre de tres. No encontrarás recetas para una casa perfecta porque no creo en la perfección, pero sí encontrarás consejos prácticos y fáciles de aplicar que te ayudarán a crear un hogar más ordenado, funcional y lleno de vida.

Porque al final de eso se trata: de encontrar equilibrio en medio de todo lo que implica vivir, compartir y convivir. Ahora que sabes un poco más sobre mi historia, quiero invitarte a recorrer juntos cada rincón de tu hogar. Desde la cocina hasta los dormitorios, quiero compartir contigo soluciones prácticas para que cada espacio funcione mejor. No se trata de hacer todo de golpe, sino de abordar cada rincón de forma sencilla y con propósito.

A veces pienso que sigo siendo aquella niña pequeña que observaba cómo se movía todo a su alrededor, intentando entender el equilibrio entre el caos y el orden. Solo que ahora lo hago desde otro lugar, con más vida vivida, más aprendizajes y más calma.

Mi casa hoy no es perfecta, pero es la mía. Es donde está mi marido Borja, mi compañero de vida, el que me frena cuando me acelero y me recuerda que no todo tiene que hacerse corriendo. Él es más tranquilo, más pausado y gracias a eso yo respiro. Siempre está pendiente de que no me exceda, de que no me cargue de más, de que pare un poco. Nos equilibramos porque donde yo

quiero hacerlo todo a la vez, él pone calma. Donde yo veo lo que falta, él ve lo que ya está bien. Y aunque discutamos por tonterías, sé que, sin su forma de ser, esta casa no tendría el mismo ritmo ni la misma paz. Si no existiera, habría que inventarle.

Donde están Jaime, Carlota y Gonzalo... mis tres razones para todo. Ellos me han enseñado más que nadie sin decir una palabra. Me han enseñado a mirar la vida con otros ojos, a valorar lo que de verdad importa, a sonreír incluso en los días más difíciles y a celebrar los pequeños logros como si fueran enormes.

Son tres personas maravillosas, diferentes entre sí, pero con algo en común: la fuerza. Son luchadores, sensibles, fuertes y con una alegría que lo llena todo. Gracias a ellos entendí que la perfección no existe, que lo importante es seguir adelante con cariño y con ganas, que cada día juntos ya es una suerte. Que lo importante no es que todo esté perfecto, sino que estemos todos bien.

No hay mejor ejemplo que el que se ve en casa. Por eso me gusta que me vean limpiar, ordenar, cuidar lo que tenemos, pero también disfrutarlo. Que sepan que el orden no es rigidez: que se puede vivir, disfrutar, reír y también dejar cosas a medias, pero sin que todo se venga abajo.

Al final, eso es lo que me gustaría que se quedara grabado en ellos, que una casa no es solo un sitio donde se duerme o se come, es donde se aprende, se crece y se quiere... un refugio.

Y quizá por eso sigo aquí: compartiendo lo que me funciona, lo que pruebo, lo que sale bien y también lo que no. Porque ordenar o limpiar nunca ha sido solo una tarea para mí, sino una manera de cuidar, de dar cariño y de poner un poco de calma en medio de la vida.

En el próximo capítulo empezaremos por el principio: cómo organizar y transformar cada rincón de tu hogar para que sea funcional, cómodo y un verdadero refugio para ti y los tuyos.

ORDEN EN CADA RINCÓN

Soluciones prácticas para un hogar real

LA COCINA

COCINA Y SUS ARMARIOS

«El misterio de los táperes sin tapa»

En casa, la cocina siempre estaba llena de vida. Era el corazón de la casa, donde todo pasaba: desayunos a la carrera, meriendas improvisadas y cenas en las que el día se alargaba entre conversaciones cruzadas. Pero si había algo que era un misterio sin resolver, eran los táperes sin tapa.

No sé si esto pasa en todas las casas o si en la mía había un agujero negro en los cajones, pero los táperes desaparecían misteriosamente. O peor aún, aparecían, pero sin tapa. Abrir el armario de los táperes era como participar en un **escape room**: sabías que la tapa estaba ahí, en algún sitio. A día de hoy sigo sin entenderlo. ¿Adónde iban? ¿Desaparecían en la lavadora como los calcetines? Seguramente era, simplemente, el resultado de una casa con mucho movimiento, donde cada una tenía su propio sistema para guardar las cosas... o no guardarlas.

Creer en una casa con cinco hermanas significaba que en la cocina reinaba el desorden organizado: platos que aparecían en habitaciones, cucharas que misteriosamente terminaban en la mochila de alguien y una colección de envases de yogur que mi madre guardaba **por si acaso**. Siempre había más cosas de las que realmente se usaban y encontrar lo que necesitabas era un reto diario.

Cuando me casé y me independicé, pensé que al fin tendría una cocina perfectamente organizada. No fue así. Pronto me di cuenta de que, por muchos utensilios nuevos que comprara, el desorden no desaparece: hay que trabajarlo.

¿La solución? Menos es más. Aprendí que, si algo no se usa, sobra. Y que los táperes sin tapa no vuelven mágicamente. Hoy en día mi cocina está organizada de forma práctica, con un sistema sencillo que evita acumular cosas innecesarias. Y sí, sigo perdiendo tapas de vez en cuando, pero al menos ahora tengo claro qué sobra y qué se queda.

Los armarios y cajones de la cocina suelen ser uno de los puntos críticos del desorden. Entre utensilios mezclados por todas partes, alimentos que se pierden en el fondo de los cajones o baldas, y herramientas —demasiada variedad— que no sabemos dónde guardar, es fácil sentirse abrumado y saturado. El ruido visual es muy molesto, no solo en lo que vemos a primera vista, sino también en esos armarios, cajones o baldas desorganizados. La buena noticia es que, con una organización adecuada, puedes transformar estos espacios en áreas funcionales y prácticas. Aquí tienes los pasos clave:

Paso 1. Vacía y clasifica

El primer paso para organizar tus armarios y cajones es empezar de cero.

- **Vacía todo el contenido:** esto te permitirá ver exactamente lo que tienes y así eliminar lo que no necesitas. Hazlo: te estarás quitando una mochila. Muchas veces nos cuesta eliminar esas cosas «por si acaso», pero piensa que, si hace tiempo no las has utilizado, no las vas a utilizar.
- **Clasifica por categorías:** separa los elementos en grupos de utensilios de cocina, cubiertos, ollas, sartenes, táperes, especias y alimentos enlatados.
- **Haz limpieza:** este es el momento de ser honesta contigo misma. ¿Cuántos táperes sin tapa tienes acumulados? ¿Cuántas tapas que ya no corresponden con ningún táper? Deshazte de lo que no usas, porque solo acumulas polvo y ocupas espacio útil.



Mi truco personal, y que siempre recomiendo, es este: si dudas sobre deshacerte de algo, guárdalo en una caja durante un mes. Si no lo usas durante ese tiempo, es hora de dejarlo ir.



Trucos prácticos para un extra de orden

Coloca ganchos adhesivos en el interior de las puertas de los armarios para los utensilios más ligeros.

Dedica un cajón para las cosas de uso diario: tazas, tablas de cortar o utensilios que usas todo el tiempo.

Paso 2. Asigna un lugar para cada cosa

Una vez que tengas todo bien clasificado, el siguiente paso es decidir dónde irá cada cosa. Esto marcará la diferencia; por eso, ten en cuenta la ubicación del lavavajillas, la vitrocerámica y el frigorífico.

- **Utensilios de uso diario:** coloca los que más utilizas —cucharones, espátulas, pinzas, etc.— en los cajones más accesibles, cerca de la zona de cocción. Si los tienes en un cajón, utiliza separadores para que no se mezclen. También hay envases fantásticos para tenerlos a mano y que, además, decoran un montón.
- **Ollas y sartenes:** guárdalas en un armario bajo, apiladas por tamaño. Si tienes espacio, usa soportes metálicos para almacenarlas verticalmente y así acceder a ellas fácilmente.
- **Táperes:** agrupa los táperes por tamaño y guárdalos junto a sus tapas. Un truco supersencillo es usar una caja dentro del armario para almacenar todas las tapas, así nunca se perderán y estarán siempre a mano. Es una manera muy sencilla y útil.

CUBERTERÍA Y VAJILLA

- **Cubtería de diario:** debe estar en el cajón más cercano al fregadero o al lavavajillas, para que sea fácil guardarla después de lavar. Usa separadores específicos para cubiertos, así estarán siempre organizados y será más fácil encontrarlos.

- **Vajilla de diario:** los platos, vasos y boles que usas a diario deben colocarse en una balda o armario que esté a la altura de tus manos para que no tengas que agacharte o estirarte cada vez que los necesites, no queremos hacernos daño continuamente.
- **Vajilla de desayuno:** Dedica un rincón específico de la cocina a ese momento: tazas, cuencos, platos pequeños y los alimentos necesarios —café, té, infusiones o azúcar—. Coloca todo esto cerca de la cafetera o del hervidor: crearás un pequeño *coffee corner* que hará las mañanas más rápidas y cómodas. Además, sin darte cuenta, visualmente se verá más bonita y estarás decorando tu cocina sin darte cuenta.

Paso 3. Guarda la comida en botes

Los armarios y despensas a menudo se convierten en un caos visual, con envases de cartón a medio abrir, bolsas sueltas y alimentos que acaban caducando en el fondo. Una de las mejores soluciones para mantener el orden, conservar los alimentos y evitar problemas como las polillas alimentarias es usar botes bien sellados. Aquí es donde los botes de cristal y plástico pueden marcar la diferencia y serán un acierto.

BOTES DE CRISTAL

- Son ideales para almacenar alimentos secos como legumbres, arroz, pasta o cereales. Su cierre hermético protege los alimentos de la humedad, conserva su frescura durante más tiempo y evita que se conviertan en blanco de las dichosas polillas alimentarias, esas que no se ven, pero acaban apareciendo.
- Visualmente, los botes de cristal son una maravilla. Abrir un armario y ver todos los alimentos bien organizados en botes transparentes no tiene precio. Crea una sensación de orden y calma que te hará sentir como en paz. Al eliminar el ruido visual de los envases originales, todo parece bajo control.
- Además, el cristal no retiene olores ni sabores y es superfácil de limpiar, lo que lo convierte en la mejor opción para alimentos que vas a consumir a largo plazo.



Mi consejo personal: usa botes de cristal de diferentes tamaños para adaptarlos al espacio que tengas y al tipo de alimento.



Tip extra: si tienes muchos botes pequeños —por ejemplo, de especias—, usa un soporte giratorio para acceder fácilmente a todos.

BOTES DE PLÁSTICO

- Aunque el cristal tiene muchas ventajas, los botes de plástico son más prácticos en ciertas situaciones. Por ejemplo, para almacenar snacks, galletas o alimentos que vamos a consumir muy rápido, el plástico es una opción segura y más económica.
- También son ideales para congelar porciones pequeñas de comida ya que resisten mejor los cambios de temperatura.
- Si tienes niños pequeños en casa, el plástico es más seguro que el cristal, sobre todo en caso de caídas. Evitaremos accidentes si alguno se nos rompe.



Importante: Asegúrate de que los botes de plástico sean de buena calidad y estén libres de BPA (químico de plásticos que puede ser dañino para la salud si pasa a los alimentos). Así protegerás tanto tus alimentos como tu salud y la de los tuyos.

¿Cómo combinar ambos materiales?

No necesitas elegir cristal o plástico, úsalos juntos según tus necesidades.